

Los secretos de un vecindario

Del barrio La Providencia al esplendor del Jorge Eliécer Gaitán
¡Nos sentimos como en casa!
La historia ilustrada del barrio Jorge Eliécer Gaitán

OLGA LUCÍA CASTAÑEDA
 SALCEDO, DIANA MARÍA BLANCO
 RAMÍREZ Y WILVER ALEXIS
 PACHECO HUESO

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, Bogotá, 2020, 259 pp. y 55 pp.

NO ES el más notorio de los barrios. Uno puede pasar por ahí mil veces y apenas reparar en él. Está ubicado entre dos de las vías más importantes de Bogotá: la carrera 30 o avenida Norte Quito Sur (NQS) y la calle 80, que va a dar a la autopista Medellín, y sin embargo uno jamás se ha puesto a pensar en la historia de este lugar, en qué tan interesante puede ser su arquitectura o por qué lleva el nombre del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

Es más, uno no solo ha pasado por ahí. La mayoría de los que vivimos en Bogotá al menos una vez hemos caminado por sus calles y entrado en sus casas, ahora convertidas, en buena medida, en talleres o locales. El barrio Gaitán es famoso por ser, desde hace décadas, el barrio de las carpinterías y almacenes de muebles. Cuando queremos mandar a hacer una cama, comprar una biblioteca o pedir que nos hagan igualito un modelo de mesa que en el *showroom* del decorador de moda vale millones, nos vamos muy orondos para el barrio Gaitán.

No es un barrio colonial, como La Candelaria o Las Cruces, ni cuenta con bellas mansiones o grandes obras de la arquitectura del siglo xx, como Teusaquillo, La Magdalena o Quinta Camacho; ni siquiera es un vecindario bohemio o acaso hipster, como La Macarena o La Soledad y el Park Way. Es más, tampoco es una barriada clave en la historia de los conflictos colombianos, como La Perseverancia o Ciudad Bolívar. Quizás, entonces, ahí radica uno de los encantos del libro objeto de esta reseña: el Gaitán es un barrio no contado, un barrio considerado por décadas como uno más. Ni su historia,

ni su arquitectura, ni sus habitantes hacen parte del gran relato de nación (o de ciudad, al menos). Sus casas no dan para fotografías de *coffee table books*, en ninguna de ellas vio la luz un personaje importantísimo para la historia del país. Como bien lo cuenta este libro, el Gaitán nació como un barrio obrero en los años treinta y fue habitado por personas del campo, casi todas cundinamarquesas, boyacenses o santandereanas, que huían de la guerra o buscaban oportunidades en la ciudad. Un barrio más.

El trabajo que constituye este libro fue ganador de la Beca de Investigación Histórica sobre un Barrio de Bogotá, del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, en 2019, y estuvo a cargo de los arquitectos Olga Lucía Castañeda, Diana Blanco y Wilver Pacheco. Es un libro movido por la urgencia: desde hace décadas, varias empresas constructoras —empujadas por la excelente ubicación del barrio: a minutos del centro y del norte de Bogotá— tienen interés en echarlo abajo para edificar en su reemplazo toda una ciudadela de altos edificios y centros comerciales.

Antes de que desaparezca, antes de que la presión urbanística de la ciudad acabe con él, los tres arquitectos se dieron a la tarea de contar la historia de este vecindario, y el resultado es bellissimo: hablar del Gaitán, un barrio tan común y corriente en apariencia, los obligó a hablar de la historia de lo que hemos sido desde la Colonia hasta hoy.

Del barrio La Providencia al esplendor del Jorge Eliécer Gaitán tiene una estructura cronológica que resulta ideal. Nada de extravagancias. Comienza contando que, después de los indígenas, el español Juan del Hoyo fue el primero en ocupar esas tierras, aunque no era el dueño: solo tenía derecho a usufructuarlas. Después el territorio pasó a formar parte de la hacienda Chapinero, que con el paso de los siglos se fue dividiendo en varias fincas, incluida La Providencia, la cual daría el nombre inicial al barrio. Fue a comienzos del siglo xx, en buena medida por la epidemia de gripe, que con la Ley 46 de 1918 al fin apareció la semilla de los barrios obreros bogotanos. Dicha ley

[...] obligaba a que en todos los municipios con más de 15.000 habitantes se destinara un 2% de las

rentas municipales para la construcción de viviendas higiénicas para la clase obrera. Además, se auxilió a Bogotá con la suma de \$100.000 para la adquisición de terrenos para la construcción de viviendas higiénicas para este grupo poblacional en la ciudad. (p. 34)

Pero no fue hasta 1932 que comenzó la urbanización de La Providencia. El constructor fue Rubén Possin, uno de los más importantes constructores de barrios obreros en Bogotá —junto a José Eidelman, Jorge Michonik, Salomón Gutt y Moris Gutt, todos de origen judío—. El encargado de diseñar y trazar La Providencia fue el arquitecto Alberto Manrique Martín, el mismo del Teatro San Jorge y el Hotel Granada.

Castañeda, Blanco y Pacheco no se limitaron a hacer una buena investigación documental, sino que también recogieron testimonios de los habitantes del barrio Gaitán. El señor Manuel Pulido (en lo que parece una declaración ofrecida en 1999) dice:

Las primeras casas fueron completamente pobres, la mayoría eran hechas en guadua y bahareque con teja de zinc. Tengo un recuerdo de esas tejas, las cuales eran tejas Apolo. Algunas casas tenían tejas de barro. Posteriormente, se hicieron casas de un solo piso de ladrillo con zinc o teja negra. (p. 64)

Si bien la Secretaría de Obras Públicas Municipales y la empresa constructora, por el precio de un peso, les proporcionaba los planos a los compradores de los lotes (con lo cual las familias no tenían que contratar un arquitecto o ingeniero que les diseñara sus respectivas casas), el barrio se demoró décadas en tener servicios básicos. “En 1942 se instaló el acueducto y, finalmente, en 1945 se realizaron los estudios para el alcantarillado del barrio” (p. 74).

El libro está lleno de datos interesantes y poco conocidos. Por ejemplo: buena parte de sus primeros habitantes era de origen liberal. Tanto así que en 1944 le hicieron un monumento a la mamá de Gaitán, doña Manuela Ayala de Gaitán. Gloria, la hija del caudillo, recuerda que la escultura “representaba a su abuela sentada con una

falda que le cubría hasta las rodillas y, sobre ella, varios niños recostados a los que les leía” (p. 100). En 1998, según cuenta uno de los habitantes del barrio, la escultura fue retirada y se le perdió el rastro. ¿Estará guardada en alguna bodega? ¿O habrá sido fundida y convertida en lingotes? Voy por la segunda opción.

Cuatro años después de que se inaugurara la escultura de su mamá, Gaitán fue asesinado. El barrio, según cuenta el libro, se mantuvo más bien calmado. Pero al poco tiempo los habitantes tomaron la decisión, de una vez y para siempre, de cambiarle el nombre: dejaría de llamarse La Providencia y se llamaría Jorge Eliécer Gaitán, como lo conocemos hoy.

El cambio incluía la instalación de “una estatua de bronce del eximio estadista colombiano, en cuyo pedestal se grabará esta inscripción: ‘Jorge Eliécer Gaitán. Por la restauración moral y democrática de la República, ¡a la carga!’ ” (p. 101). No, no es exactamente la misma estatua ubicada en una plazoleta del barrio y que quizás muchos hayamos visto de pasada. Los autores cuentan que, en 1953, “pájaros” conservadores la dinamitaron y la dejaron semidestruida; así estuvo durante cuatro años (más o menos lo que duró el gobierno de Rojas Pinilla, añado yo), hasta que en 1957 pudo ser restaurada por el artista Anacleto Nieto.

En 1949, Rafael Malaver solicitó licencia para abrir en el barrio un taller de carpintería. Quizás fue el primero. Para 1965 se registran en la zona varias fábricas de cola, material indispensable para los carpinteros. Y en 1970 ya el barrio comenzó a ser conocido como lugar para mandar a hacer muebles; cuentan que los vecinos decidieron llamar “raspapalos” y “gorgojos” a los carpinteros que fueron llenando el Gaitán. “El barrio tenía como aire de pueblo” (p. 107), dice un miembro de los Fernández, familia que lleva años allí.

Para el ojo poco conocedor, las casas del barrio no son muy interesantes. Aún se nota que fueron hechas por familias que no contaban con mayores recursos. No obstante, los autores se dan a la tarea de estudiarlas y tipificarlas así: construcciones medianeras, esquineras, con local comercial y sin él (pp. 130-131), y a continuación, en

un trabajo delicioso, no solo comparan planos originales con fotografías actuales, sino que hacen dos listados: uno de los inmuebles más representativos del barrio y otro de las licencias de construcción otorgadas desde los años treinta; también informan si las casas se mantienen en pie, o han sido demolidas o modificadas (lamentablemente, lo que queda del barrio original no es mucho). Es más, añaden dos propuestas de recorridos: uno arquitectónico y comercial, y otro gastronómico.

El libro es un acto de amor. No sé cuál sea el vínculo de los autores con el barrio, pero lo tiene que haber. La mirada, la narrativa, el detalle, van más allá de la investigación urbanística. El lector cierra *Del barrio La Providencia al esplendor del Jorge Eliécer Gaitán* y de inmediato siente ganas de hacer los recorridos propuestos por los autores; siente ganas de caminar el Gaitán con calma, sin los afanes de quien busca urgentemente un mueble.

Es tanto el amor que Castañeda, Blanco y Pacheco le pusieron a este trabajo, que viene acompañado de un librito, una corta narración gráfica titulada ¡Nos sentimos como en casa!, protagonizada por Pedro y su familia, quienes provenientes de Nobsa (Boyacá) llegaron a Bogotá en los años treinta. Cuenta la misma historia de la investigación, pero en clave de novela. En una de las últimas páginas aparece la hija de Pedro protestando, megáfono en mano. Al lado se lee:

Cecilia se enteró de que su barrio, en el que había vivido toda su vida, iba a dejar de ser lo que había sido. Un grupo de empresarios quiso convertirlo en un nuevo conjunto residencial lleno de edificios y centros comerciales. Cecilia, con su característica rebeldía, reunió a sus vecinos para oponerse al proyecto. (p. 51)

El libro fue publicado en 2020. En Bogotá, la presión urbanística, destructora del patrimonio material e inmaterial, no cesa. Ya veremos qué pasa con el barrio Gaitán. No es el único vecindario de origen obrero que corre peligro.

Andrés Arias